

CAMERON EN LA ENCRUCIJADA

Hace meses, David Cameron, el joven líder del Partido Conservador británico, marchaba con paso seguro hacia un arrollador triunfo en las elecciones generales que ha de convocar Gordon Brown, el primer ministro laborista, antes del verano. Ahora, el tema no está tan claro y son ya muy pocos quienes siguen escribiendo sesudos comentarios en torno a una victoria anunciada. Desde hace semanas las encuestas indican que en los últimos asaltos del combate Cameron podría incluso “arrebatar la derrota de las garras del triunfo”. El ya muy visto Brown, político dubitativo cuyo perfil está más devaluado, si cabe, que la libra esterlina, podría seguir en el poder para asombro de propios y extraños. Ante la inminencia de las urnas, la vieja democracia parlamentaria británica se ha convertido en un fascinante escaparate de estrategias y narrativas que no puede menos que saborear cualquier politólogo que se precie.

Para los estudiosos de los procesos electorales, la batalla en ciernes para ocupar el número 10 de Downing Street pone una vez más sobre la mesa, con urgencia y dramatismo, las preguntas que siempre se han hecho y que nunca han tenido una respuesta fehaciente y a gusto de todos. Ensayemos una: ¿Las elecciones las gana la oposición o, por el contrario, las pierde el gobierno? Y añadamos otra: ¿Las elecciones se ganan apelando al voto centrista con propuestas tan amables como poco definidas o, por el con-

Tom Burns Marañón es periodista

trario, triunfa el partido que promete políticas muy concretas de cambio y de regeneración? Es posible que el resultado de las elecciones generales de 2010 en el Reino Unido ofrezca lecciones válidas que ayuden a reflexionar sobre tales interrogantes.

No cabe duda de que Gordon Brown iba, hace meses, a gran velocidad por la autopista que conduce al Gran Cañón del fracaso electoral. Las encuestas daban una ventaja conservadora de hasta veinte puntos. Si efectivamente pierde el poder, la historia dirá que el gran error de Brown fue no haber convocado elecciones al año de haber heredado las llaves de Downing Street, cuando Tony Blair dimitió como primer ministro en junio de 2007. Nada más arrancar el año siguiente, ya comenzaron a aparecer los primeros activos tóxicos en el sistema financiero británico y Gordon Brown se mostró decisivo cuando nacionalizó el quebrado banco hipotecario Northern Rock, en febrero de 2008. El comienzo de la crisis global financiera fue políticamente útil para Brown porque le permitió lucir la experiencia que había acumulado como *Chancellor of the Exchequer*, o ministro de economía, a lo largo de la década Blair. Cuando se trataba de rescatar bancos, inyectar liquidez, diseñar planes de estímulo y, en general, sacar a Keynes del baúl de los recuerdos, sus conocimientos del sistema financiero sobresalían, cosa no difícil, sobre las pocas ideas que reunían los demás líderes de la Unión Europea y del G-20.

Aquel periodo fue dulce para Brown, y su narrativa era fácil de escribir y explicar. Él era la mano firme sobre el timón y su rival David Cameron era un chico simpático, sin duda, y, también si se quiere, bien intencionado, pero poco más. Cameron estaba en los comienzos de una carrera política (se estrenó en la Cámara de los Comunes en 2001), y su experiencia era más bien nula porque nunca había tenido, por supuesto, responsabilidades ministeriales. En tiempos de tempestades no se hacen mudanzas y Brown probablemente hubiera ganado una nueva legislatura para el Partido Laborista, y un mandato personal, incuestionablemente suyo, de haber convocado elecciones en el otoño de 2008. Pero no lo hizo. Resultó ser un cordero disfrazado de lobo y su capacidad de acción y de entusiasmar a sus conciudadanos era parecida, o propia, a la de una oveja muerta.

Brown se ganó entonces la fama de ser un *ditherer*, que es la forma coloquial de decir una persona indecisa. Pocos atributos pueden ser más letales para un político. La reputación que consiguió crearse en las semanas posteriores al hundimiento de Lehman Brothers se fue desvaneciendo según avanzaba el desplome de la confianza en los mercados globales. Cameron recuperó pronto el terreno perdido y continuó su línea ascendente en las encuestas. No está claro si esto fue mérito del joven líder conservador o si se debió a que Brown le sirvió la popularidad en bandeja. El hecho es que en lugar de sacar al Reino Unido de la crisis financiera con llamamientos de sangre, sudor y lágrimas, Brown abrió el grifo del crédito público. Lo que consiguió fue hundir el país en la miseria y lo que la historia recordará de él es que condenó al endeudamiento eterno a las futuras generaciones de británicos. Brown se enfrenta a unas elecciones generales con las cuentas públicas, esas cuentas que él se vanagloriaba de entender y de pastorear tan bien, hechas unos zorros.

El Producto Interior Bruto del Reino Unido cayó un 4,8 por ciento el año pasado, el déficit presupuestario ronda el 13 por ciento del PIB y la deuda pública representa el 62 por ciento de la riqueza nacional. Salvo por el hecho de que el paro asciende al 7,8 por ciento (un nivel muy alto para los británicos), las cifras macro que muestra Gordon Brown son, línea por línea, peores incluso que las que puede enseñar José Luis Rodríguez Zapatero, el otro socialista al frente de una gran economía europea en muy serias dificultades. Se diría que los líderes del Reino Unido y de España compiten para ser el paradigma de la inutilidad. Son cifras que demuestran tal grado de incompetencia que no pueden menos que asegurar la derrota electoral de Brown antes del verano y, es un suponer, de la de Rodríguez Zapatero dentro de dos años.

Los problemas de Brown, sin embargo, no acaban ahí. Está, de entrada, el hecho inapelable de que los electores se cansan de un partido político que lleva mucho tiempo en el poder y, lo que es la otra cara de la misma moneda, que el ejercicio del poder durante un periodo prolongado desgasta al partido gobernante y reduce severamente sus reflejos. Los laboristas llevan trece años gobernando el Reino Unido, los mismos que duraron los gobiernos de Felipe González en España. Son demasiados años

y el partido de la oposición puede jugar con confianza la carta del “cambio”, y beneficiarse de las ganas que tiene todo electorado de comenzar otra época y de ver caras nuevas al frente de los destinos del país. De hecho, todo indica que un sencillo “Vota el Cambio” será el eslogan elegido por los conservadores.

Por otra parte, y esto se debe a un par de libros recientemente publicados que han recibido mucha atención mediática, está la leyenda que se propaga por el Reino Unido de que Brown es un hombre hosco, irascible y hasta violento. La gracia del cuento está en su aumento y se dice que Brown echa a gritos y a empujones de una reunión a quienes le llevan la contraria y que incluso les tira objetos, una pluma, una carpeta, un libro o cualquier cosa que tenga a mano. En una entrevista televisada en febrero Brown habló con mucha emoción, incluso lloró ante el público en el plató, de la muerte de su hija en 2002 a los diez días de nacer prematuramente. Y también de la incurable enfermedad de su hijo de tres años que nunca podría jugar, como jugó su padre, al rugby. Sus asesores de imagen querían “humanizarle”, pero al airear sus profundas desgracias personales Brown se mostró como un hombre inestable.

Un *ditherer*, incapaz, como decía Bismarck, de escuchar la galopada de la historia y tomar el corcel por las bridas cuando pasa a su lado. Un fracasado en la política económica que era justo lo que supuestamente dominaba. Dirigente máximo de un partido falto de ideas porque ha perdido toda frescura y donde le crecen a diario los “enanos”. Persona de carácter difícil y distante. ¿Qué más necesita Cameron para derrotar a Brown?

El líder conservador debería estar muy tranquilo. Brown lleva tiempo pegándose tiros en el pie con una metralleta y si hay un ejemplo perfecto en el cual la oposición gana el poder porque el Gobierno lo pierde, es el que muestra el caso de las elecciones generales británicas de este primer semestre de 2010. La cuestión es que Cameron está todo menos tranquilo.

Lo que, con toda razón, le ha puesto nervioso a Cameron es que si hace meses las encuestas le daban un margen de veinte puntos, en las últimas semanas su ventaja se ha reducido en algunas a poco menos de dos. En el sis-

tema electoral británico puede perfectamente ocurrir que los *tories* saquen dos puntos a los laboristas en el voto total y que, sin embargo, tengan veintitantos escaños menos que éstos en la Cámara de los Comunes. Para obtener una mayoría mínimamente confortable, David Cameron y los conservadores han de obtener una ventaja cercana a los dos dígitos sobre el partido de Gordon Brown. Con un margen del 6 por ciento, sólo tendrían, según algunas encuestas, diecinueve escaños más que los laboristas. Son cosas que ocurren en la ausencia del voto proporcional y bajo el sistema de *winner take all* en el voto escaño por escaño. A partir de tales datos se ha comenzado a hablar de un *hung parliament*, una *House of Commons* literalmente “colgada”, en la cual ninguno de los dos grandes partidos británicos tiene una mayoría suficiente para poder formar gobierno. La primera mención de esta posibilidad, al hilo de una encuesta sorprendentemente dañina para Cameron, provocó un derrumbe de la libra en los mercados financieros. ¿Qué ha pasado?

Fijémonos ahora en David Cameron, que tiene 43 años, quince menos que Brown, y en su partido, que, desde aquel apabullante triunfo de Blair en 1997, ha pasado el periodo más largo de su historia en la oposición. Al fijarnos en los conservadores, y muy especialmente en su líder, repasemos la segunda pregunta que se planteó al inicio de este ensayo: ¿Las elecciones se ganan apelando al voto centrista con propuestas tan amables como poco definidas o, por el contrario, triunfa el partido que promete políticas muy concretas de cambio y de regeneración? Cameron no tiene ninguna duda al respecto. Mejor dicho, hasta ahora no la ha tenido. En cuanto se alzó con el liderazgo *tory* a finales de 2005, tras la tercera victoria consecutiva, y contundente, de Tony Blair, el joven y recién estrenado dirigente entró en campaña electoral y lo hizo ejerciendo de lo que en España se conoce como “político buenista”.

Se diría que Cameron no tenía otra opción. Los *blairites*, con su muy profesional pero aparentemente desenfadado dominio de las técnicas mediáticas, habían pintado al Partido Conservador con los chillones colores del *Nasty Party*, el partido desagradable y de la bronca. La campaña hizo mella y con cada elección que perdían los conservadores cambiaban de líder y éste de nuevo sería retratado como más *nasty* que el anterior. Ca-

meron es el cuarto dirigente del partido desde que John Major, el sucesor de Margaret Thatcher y político ciertamente gris pero nada *nasty*, sucumbió ante la “Tercera Vía” y el *New Labour* de Tony Blair. No es de sorprender que Cameron, al presentar su candidatura para dirigir a los conservadores, prometiese cambiar la negativa imagen que tan claramente penalizaba a los *tories*. Es, a la vez, perfectamente comprensible que los conservadores, después de tantos años en el desierto, le eligiesen precisamente por haber hecho esa promesa. Cameron tenía un cheque en blanco para “centrar” a los conservadores, que es exactamente lo que hizo Blair con los laboristas cuando *Old Labour* era un partido “inegible”.

Los años de Blair cambiaron el campo de juego político en el Reino Unido y el joven Cameron –si gana en las próximas elecciones tendrá la misma edad que Blair en las de 1997– se postuló como más bien el heredero de *Tony* (Blair) que el de *Maggie* (Thatcher). El Reino Unido de final de siglo, *cool* y confiado, multicultural, posmoderno, emperrado, a fin de cuentas, en todos los “ismos” de moda, políticas de género, de diversidad, de ecología y tantas otras, no tenía nada que ver con el de la década de los ochenta, la de *Full Monty* y *Billy Elliot*. Que el Reino Unido, en su desafiada apuesta por la corrección política y la satisfacción inmediata y en su desprecio por el esfuerzo individual, perdiese principios y valores durante los años de Blair, es un juicio a toro pasado. Que ahora unos y otros recojan velas, que Brown hable de la pérdida de la “brújula moral” y que Cameron hable de una sociedad “rota”, es otro tema. Entonces ése fue el campo de juego y ésas fueron sus reglas. Investido como líder *tory*, Cameron no tenía más remedio que iniciar en nueva “vía” y renovar el Partido Conservador.

Además, cosa nada baladí, tenía que pasar por el *Photoshop* y eliminar todos los rasgos que le identificaban como lo que era y, uno supone, como lo que es: el hijo de una acaudalada familia de la City, educado en Eton y en Oxford, y el marido de una aristócrata. Es un perfil nítidamente elitista, perfecto para presidir un Gobierno conservador en la época eduardiana de comienzos del siglo XX y completamente negativo y contraproducente en los tiempos que corren en el Reino Unido de hoy. Eso al menos, la agenda *cool* y los modales desclasados, fue lo que dictami-

naron las *chattering classes*, lo que en España sería la opinión publicada y la legión de tertulianos. Cameron no tuvo ningún problema en adaptarse. Sabe mucho de cuestiones de imagen porque después de Oxford, donde se licenció con muy buenas notas en Ciencias Políticas y Económicas, y antes de entregarse de cuerpo y alma a la política, se dedicó a las relaciones públicas corporativas.

En su esfuerzo por lavar la cara de los *tories* y eliminar cualquier mancha *nasty*, Cameron hizo de todo. Se fue a Groenlandia con un equipo de cámaras y, ante un panorama de icebergs venidos a menos que aparentemente anunciaba un galopante deshielo del círculo ártico, se alistó como combatiente de primera línea en la guerra contra el calentamiento global. Se mostró hondamente preocupado por el gamberrismo juvenil y anunció que la solución era más comprensión y cariño para los jóvenes. Dijo, cosa que los ingleses no han olvidado, que había que *hug*, abrazar, a un *hoodie*, siendo los *hoodies* quienes, ocultos en sus *hoods*, o pasamontañas, se dedican a llevarse de un tirón el bolso de una señora mayor, a ir saltando de uno en uno sobre coches aparcados y a poner patas arriba un parque público. Fue un ejercicio de “buenismo” hasta decir basta. En ciertas áreas, desde luego en la del gamberrismo juvenil, Cameron adelantaba por la izquierda a un Blair que hablaba de tolerancia cero para las bandas urbanas.

También hubo propuestas más serias. Cameron se declaró entusiasta defensor de la sanidad pública explicando, con emocionada sinceridad, cómo el *National Health Service* había cuidado a su hijo mayor, un niño que nació con una enfermedad degenerativa y que murió el año pasado. Y también apoyó sin fisuras a Blair cuando éste se enfrentó a su propio Partido Laborista en un intento de reformar la enseñanza pública aumentando la autonomía de los colegios estatales. Nunca un líder conservador se había mostrado tan entusiasta del Estado de bienestar y los servicios públicos. Una y otra vez Cameron se metía en el armario de los laboristas y les robaba la ropa. La “nueva vía” conservadora sería reformista y centrista, un *compassionate conservatism*, una derecha misericordiosa. Cameron mismo era el político abierto, cercano y considerado, empatía pura. Salía, y sigue saliendo, todos los días desde su casa en el ba-

rrio muy *fashion* de Notting Hill Gate hacía la Cámara de los Comunes en bicicleta, eso sí, seguido por su coche oficial con sus carteras y sus carpetas, sus asesores y sus escoltas.

A los conservadores de toda la vida les podría gustar más o menos las prioridades políticas de Cameron, y su estilo *casual*, tan próximo al que exhibía la corte de Blair. Seguramente a la mayoría de ellos les gustaba más bien menos. Esto, sin embargo, fue una preocupación de segundo orden. Los *tories* son empíricos y eminentemente prácticos. Las encuestas demostraban que la popularidad de Cameron no sólo aumentaba sino que incluso llegó a superar la de Blair. Esto último jamás lo habían conseguido los distintos líderes que, desde que perdieron el poder en 1997, los conservadores habían aupado para después defenestrarlos sin contemplaciones. Por primera vez desde que se inició la era Blair, los *tories* bajo Cameron se convirtieron en elegibles. Y los *tories* llegaron a sacarle veinte puntos de ventaja a los laboristas meses atrás.

En el último asalto que queda para las elecciones generales, esta ventaja se ha evaporado. ¿Qué ha ocurrido para que Brown, el denostado, desgastado, desprestigiado Gordon Brown, haya podido recuperar tanto terreno? ¿Cómo perdieron el guión los *tories* justo cuando después de tanto tiempo estaban tocando el poder? La respuesta rápida es que Cameron y su corte pretoriana, los llamados *cameroons*, se durmieron en los laureles. Pensaron: uno, que el laborismo con Brown a la cabeza caería por su propio peso; y, dos, que a Cameron le bastaba su imagen de hombre decente y conciliador y su amable discurso de vaguedades centristas. Es ahora, a undécima hora, en el último asalto, cuando Cameron, sus fontaneros y sus asesores de imagen se están dando cuenta del error garrafal que cometieron con tal estrategia.

El desencanto con Cameron tiene también que ver con sus deseos, órdenes más bien, de inyectar con nueva savia el futuro partido parlamentario conservador. Quiere más juventud, más mujeres y más diversidad étnica. Y, por descontado, parlamentarios que sean *cameroons* en potencia. Al acercarse la fecha electoral, las agrupaciones locales de los distintos partidos seleccionan el candidato que esperan que represente a su distrito, y si bien en

teoría su autonomía es total, en la práctica los aparatos centrales de los partidos consiguen con frecuencia colocar a políticos de su confianza. Los *tories* de base acusan a Cameron de abusar del enchufismo, de creerse que las listas electorales las hace él y de imponer candidatos. El tema levanta muchas ampollas, porque está muy fresco el recuerdo del enorme escándalo que rodeó la publicación de los gastos de representación de los diputados en el Parlamento saliente. Nunca ha desconfiado tanto el electorado británico de su clase política. Las agrupaciones locales prefieren, comprensiblemente, seleccionar a quienes conocen y de quienes se fían.

Llegamos así a la situación actual. Gordon Brown puede, contra todo pronóstico, “arrebatar la victoria de las garras del desastre”. Si lo consigue será porque Cameron no ha sido capaz de explicar qué hará como *Prime Minister* que sea radicalmente distinto a lo que ha hecho Brown desde aquel otoño de 2008, cuando el Reino Unido se despeñó por los riscos de la recesión. Y esto, y no otra cosa, es lo que quiere escuchar el electorado de un país sumido en su más grave crisis en tiempos de paz. ¿Hasta cuándo, se preguntan los británicos, podrá el Reino Unido seguir pidiendo prestados a los mercados financieros 600 millones de libras diarias? Si Cameron no consigue distinguirse de Brown con un claro y viable programa de recuperación económica, ¿por qué han de votarle? ¿Por qué han de comprar la fotocopia cuando tienen ya el original? Entra en juego el argumento de malo conocido... Si Brown consigue no perder las elecciones será porque Cameron, el bueno por conocer, no ha sido capaz de ganarlas.

Sin embargo, aquí no acaban los problemas para Cameron. Al Partido Conservador le penaliza la existencia de dos partidos a su derecha. Uno, el British National Party (BNP), es abiertamente racista y con toda seguridad quitará votos también, como ocurre con Le Pen en Francia, a los socialistas. El otro, el United Kingdom Independence Party, conocido como UKIP, es más peligroso para los conservadores porque agrupa a mucho antiguo *tory* que ni aprueba, ni aprobará nunca, la presencia del Reino Unido en la Unión Europea. El antieuropeísmo en la derecha británica es tan real como difícil de explicar a los no ingleses, y hasta que Cameron no prometa un referéndum para abandonar la UE, cosa que no piensa hacer,

esta derecha o se quedará en casa o votará, como hizo en las elecciones europeas, a UKIP. Y, por último, el centrismo de Cameron puede quedarse corto a la hora de atraer al voto teóricamente indeciso y que sólo tiene decidido no darles otros cinco años más en el poder a los laboristas, y menos aún, a Gordon Brown. Este votante tiene como alternativa el Partido Demócrata Liberal, el tercer partido en la cámara de los comunes, que es la opción centrista sin más.

¿Puede ganar Brown contra todo pronóstico? Sin duda los hay quienes apuestan por ello porque el Partido Laborista es mucho más popular que su líder, siendo esto lo contrario de lo que ocurre en el campo *tory*, donde Cameron es bastante más querido por el votante indeciso que su, todavía algo *nasty*, partido. Ninguna elección está decidida de antemano y hasta el rabo todo es toro. Según se acerca la fecha electoral, la campaña puede volverse muy cainita y se da por hecho que circulan muchos dossiers que podrían poner en aprietos tanto a los *tories* como a los laboristas. El último ha sido que Lord Ashcroft, el vicepresidente del Partido Conservador y un hombre tan rico (ha dado millones a los *tories*) como escurridizo ante los medios, paga impuestos muy llevaderos porque su enorme fortuna está a salvo en un paraíso fiscal.

Conviene no olvidar que, contra todo pronóstico, John Major, el sucesor, recuérdese, de Thatcher, ganó las elecciones de 1992 cuando nadie daba un duro por él. Major, hombre gris de quien nadie ahora se acuerda, obtuvo más votos que nunca para el Partido Conservador, pero –de nuevo las excentricidades del sistema electoral británico– consiguió una exigua mayoría parlamentaria. Sus siguientes cinco años en el Gobierno le dieron muchos disgustos y fueron la antesala del triunfo de Blair. No faltan comentaristas *tories* que advierten de que lo peor que le podría pasar a Cameron es ganar por la mínima.

A la undécima hora y en el último asalto, Cameron no tiene más remedio que hacer valer valores y principios, abandonar el “buenismo”, reivindicar el sentido común, la familia, la libertad individual, el esfuerzo y su recompensa, y la gran sociedad que sólo es posible cuando se reduce, hasta eliminarlo, el intervencionismo del Estado y su burocracia. El conserva-

durismo, decía Churchill, es una “escalera” para ascender y el igualitarismo sólo se concibe como igualdad de oportunidades. Por eso Cameron, en su mensaje más logrado, insiste en renovar de arriba abajo el muy deficiente sistema de enseñanza en el Reino Unido con cheques escolares por medio y según el modelo sueco de colegios independientes, formados por padres y docentes y financiados por el Estado.

No es posible en las actuales circunstancias prometer una bajada de impuestos (y Cameron se guarda mucho de prometerlo), pero sí lo es congelarlos y dibujar un horizonte en el cual se reducirán. ¿Será Cameron un Edward Heath, el *Premier tory*, muy centrista él, que a comienzos de la década de los setenta dio su famoso *U Turn*, un giro de 180 grados, y comenzó a pactar precios y salarios igual que los laboristas de Harold Wilson y James Callaghan? ¿O será como Thatcher, que introdujo, a bofetada limpia con sus ministros, recorte tras recorte en el presupuesto durante su primer año de gobierno? Cuando los ministros hablaban de planes quincenales para reflotar la muy maltrecha economía que habían dejado los laboristas, Thatcher les recordaba que en menos años el Reino Unido había ganado dos guerras mundiales. *This lady is not for turning*, decía Thatcher: “esta señora no da giros de ciento ochenta grados”.

Cameron puede dar los mensajes de valores y de principios porque aquí y allá los ha repetido y porque cree en ellos. Por otro lado, siendo quien es, viniendo de donde viene y como no podía ser de otra manera, lleva a Churchill y a Thatcher, a lo mejor del Partido Conservador, en sus genes. Para ganar a Gordon Brown ha de incorporar con contundencia valores y principios a su estrategia y a su narrativa. Si gana Brown, el Reino Unido, que de hecho está en la bancarrota, puede perfectamente caer ya del todo por el precipicio. Pero entonces el Partido Conservador lo pasará mucho peor. Se convertirá en un partido testimonial. Cameron saldrá por la puerta trasera. Le tocará apagar las luces.

PALABRAS CLAVE

Europa • Unión Europea

RESUMEN

Tom Burns analiza la situación preelectoral del partido conservador británico, y en especial, la actuación de su líder, David Cameron. El autor explica que los tories han perdido buena parte de la ventaja (20 puntos) que tenían sobre los laboristas, porque Cameron no ha sido capaz de explicar qué hará como primer ministro. Y todo eso a pesar de la mala gestión económica del actual Premier, Gordon Brown, que ha endeudado excesivamente al Reino Unido. Burns reclama que Cameron incorpore los principios y valores conservadores, tales como el sentido común, la familia, la libertad y el esfuerzo, y huya de la operación de imagen centrista que ha desarrollado en los últimos años. Sólo así podrá, en su opinión, recobrar su ventaja y ganar unas elecciones que a priori le eran favorables.

ABSTRACT

Tom Burns analyses the pre-election situation of the British Conservative Party, and more particularly, the actions of its leader, David Cameron. The author explains that the Tories have lost a significant part of their lead (20 points) over Labour because Cameron is incapable of explaining what he would do as Prime Minister. And all this in spite of the deficient economic management of the current Premier, Gordon Brown, who has excessively indebted the United Kingdom. Burns claims that Cameron should incorporate Conservative principles and values, such as common sense, family, freedom and effort, and flee from the centre-style image he has acquired in recent years. In his opinion this is the only way he will manage to recover lost ground and win an upcoming election that, on first impressions, was favourable to him.